



Grupos

En el modelo pedagógico donde impera, por activa o por pasiva, el individualismo y la competitividad, la responsabilidad del proceso de enseñanza y aprendizaje recae exclusivamente en el profesorado y no hay lugar para el trabajo en equipo. Por el contrario, el aprendizaje cooperativo parte de la convicción, largamente experimentada en la práctica, de que el alumnado aprende de una forma más sólida y estimulante cuando, amén de la intervención docente, se suceden de una manera continua las interacciones y las ayudas mutuas entre todos los alumnos y alumnas. Es otro modo de atender más eficazmente la tan renombrada diversidad. Bajo estas premisas se concibe este Tema del Mes sobre los grupos y los equipos de aprendizaje cooperativo. Tras algunas pinceladas filosóficas se presentan proyectos y experiencias que muestran cómo se organiza y se alimenta esta dinámica en centros y aulas de diversos ámbitos educativos: desde la Educación Infantil hasta la Secundaria. Una cooperación que va más allá de la mera colaboración.

PERE PUJOLÀS MASET

Profesor de la Universitat de Vic (Barcelona).

Correo-e: pere.pujolas@uvic.es

El cómo, el porqué y el para qué del aprendizaje cooperativo

Empecemos por el principio. Antes que nada debemos explicar qué entendemos por grupos y equipos de aprendizaje cooperativo.

de fondo, se derivan otras diferencias: en una estructura individualista o competitiva los grupos tienden a ser homogéneos para facilitar la labor del docente, la responsabilidad de

cooperativos

Un grupo de alumnos se puede organizar y puede estar estructurado de diversas maneras:

- Cuando entre sus miembros se establece una especie de rivalidad, más o menos buscada de una forma consciente, para ver, por ejemplo, quién de ellos acaba antes las tareas o quién consigue mejores notas, decimos que está estructurado de una forma competitiva.

- Cuando cada alumno va por su lado, sin importarle lo que hagan los demás y sin que lo que hagan éstos tenga alguna repercusión en lo que pueda hacer cada uno individualmente, se dice que está estructurado de una forma individualista.

- En cambio, cuando un grupo de alumnos se ayudan unos a otros para conseguir sus objetivos, individuales y comunes, y lo que haga cada uno en particular repercute en los demás (cuando hay entre ellos lo que se denomina una "interdependencia positiva"), entonces decimos que constituyen un grupo cooperativo.

Detrás de las dos primeras (individualista y competitiva), existe la convicción, por una parte, de que las relaciones que se establecen entre los alumnos en el transcurso de las actividades de aprendizaje tienen una influencia secundaria, esto si no se considera que son indeseables y molestas, para el rendimiento escolar; y, por otra parte, de que el profesorado es el encargado por excelencia de transmitir el conocimiento –el único que puede enseñar con garantías–, mientras que el alumnado es un simple receptáculo más o menos activo de la acción transmisora del profesorado. Detrás de una estructura de aprendizaje cooperativo, en cambio, existe la convicción de que los alumnos no sólo aprenden porque el profesor les enseña, sino que también aprenden gracias a la interacción que se establece entre ellos, enseñándose unos a otros, puesto que la cooperación entre iguales que aprenden juntos, en una relación más simétrica, es tan importante como la intervención más asimétrica entre éstos y el profesor que les enseña. Como consecuencia de estas distintas convicciones

enseñar recae en el profesorado exclusivamente, y el trabajo en equipo y la ayuda mutua no tienen ningún sentido o se valoran muy poco. En una estructura cooperativa, en cambio, los grupos son heterogéneos, el profesor comparte la responsabilidad de enseñar con los alumnos, la ayuda mutua entre sus miembros se fomenta de forma expresa, y el trabajo en equipo, acompañado de la responsabilidad individual de cada uno de sus miembros, es un elemento esencial de esta estructura de aprendizaje.

En la práctica, estructurar de una forma cooperativa el aprendizaje dentro del aula –o, dicho de otra forma, el aprendizaje cooperativo– es utilizar con una finalidad didáctica el trabajo en equipos reducidos de alumnos para aprovechar al máximo la interacción entre ellos con la finalidad de que todos los miembros asimilen los contenidos escolares, cada uno hasta el máximo de sus posibilidades, y aprendan, además, a trabajar juntos. Los miembros de un equipo de aprendizaje cooperativo tienen, pues, una doble responsabilidad: aprender ellos lo que el profesor les enseña y contribuir a que lo aprendan también sus compañeros de equipo. Y los equipos de aprendizaje cooperativo tienen una doble finalidad: aprender los contenidos escolares y aprender a trabajar juntos, como un contenido escolar más. Dicho de una manera muy gráfica, utilizando el título de un libro de Robert Slavin y sus colaboradores: cooperar para aprender y aprender a cooperar.

El cómo

Vamos a ver a continuación cuáles son los componentes esenciales del modelo de aprendizaje cooperativo que se ha desarrollado en el Laboratorio de Psicopedagogía de la Universitat de Vic. Se trata de un modelo estándar que se puede adaptar a cualquier etapa educativa, y que se ha aplicado en todas las experiencias que se describen en este Tema del Mes.

Distintas formas de agrupar al alumnado en equipos dentro de un mismo grupo clase

Es bueno que, en un grupo clase, todos los alumnos y alumnas se relacionen. Pero, por otra parte, para aprovechar al máximo los efectos positivos del trabajo en equipo, es conveniente que sus miembros tengan la oportunidad continuada de trabajar juntos para poder consolidar el equipo. Por esto, en el modelo cada alumno forma parte de un equipo de base, constituido generalmente por cuatro miembros, de composición heterogénea, y que se mantiene durante un período largo de tiempo (generalmente un curso) para que pueda consolidarse. Sin embargo, no trabajan juntos en todas las sesiones de clase, sino que a lo largo del curso se utilizan otras formas de agrupar a los alumnos (equipos de expertos y equipos esporádicos) para que todos, en un momento u otro, tengan la oportunidad de trabajar juntos.

La filosofía de la clase cooperativa

La filosofía de fondo que inspira y preside un aula inclusiva organizada de una forma cooperativa tiene una gran importancia: un aula que acoge a todo el mundo y considera que todo el mundo es un miembro valioso de la comunidad y que por eso es digno de ser ayudado si lo necesita. De ahí la conveniencia de trabajar con los alumnos y alumnas sobre esta filosofía y de reflexionar con ellos sobre las normas de comportamiento que tendrían que presidir las relaciones interpersonales en un aula que no excluye a nadie y que se organiza de una forma cooperativa. Detrás de esta manera de organizar la clase hay unas convicciones y unos postulados que deben ser trabajados con el alumnado: se trata de valorar las diferencias individuales –aquellas que nos hacen singulares– y de rechazar las desigualdades y las injusticias, dando una gran importancia a valores como el diálogo, la cooperación, la convivencia, el respeto por las diferencias, la solidaridad.

Las normas de funcionamiento del grupo

Un grupo clase organizado de una forma cooperativa no puede funcionar con las mismas normas que un grupo individualista o competitivo. Los grupos cooperativos deben ir regulando su convivencia con normas propias, asumidas por todos sus miembros. A medida que van funcionando de una forma cooperativa, surge la necesidad de determinar mediante consenso las reglas del juego

que sean necesarias para asegurar la convivencia y el logro de los objetivos que se han propuesto: cooperar para aprender y aprender a cooperar.

La organización interna de los equipos

Los estudiantes, en principio, no saben trabajar en equipo. Esta habilidad, igual que cualquier otra –como hablar, leer, escribir, resolver problemas, etc.–, debe ser enseñada lo más sistemáticamente posible, a lo largo de la escolaridad de un estudiante. Un modo de hacerlo es mostrarle en qué consiste trabajar en equipo de una forma cooperativa y cómo se puede organizar un equipo cooperativo, y darle la oportunidad de trabajar de esta manera en clase y de pararse a reflexionar sobre el funcionamiento de su equipo. En esta organización interna de los equipos es de vital importancia tener en cuenta los siguientes elementos:

- Cargos y funciones: cada miembro del equipo debe ejercer un rol –que sea relevante para el funcionamiento del equipo, como coordinador, portavoz, secretario, responsable del material, etc.–, y cada rol debe concretarse en funciones específicas para que quien lo ejerza tenga claro qué debe hacer. Estos roles deben ser complementarios entre sí y su ejercicio, rotativo, desarrolla en el equipo lo que se conoce como interdependencia positiva de roles.

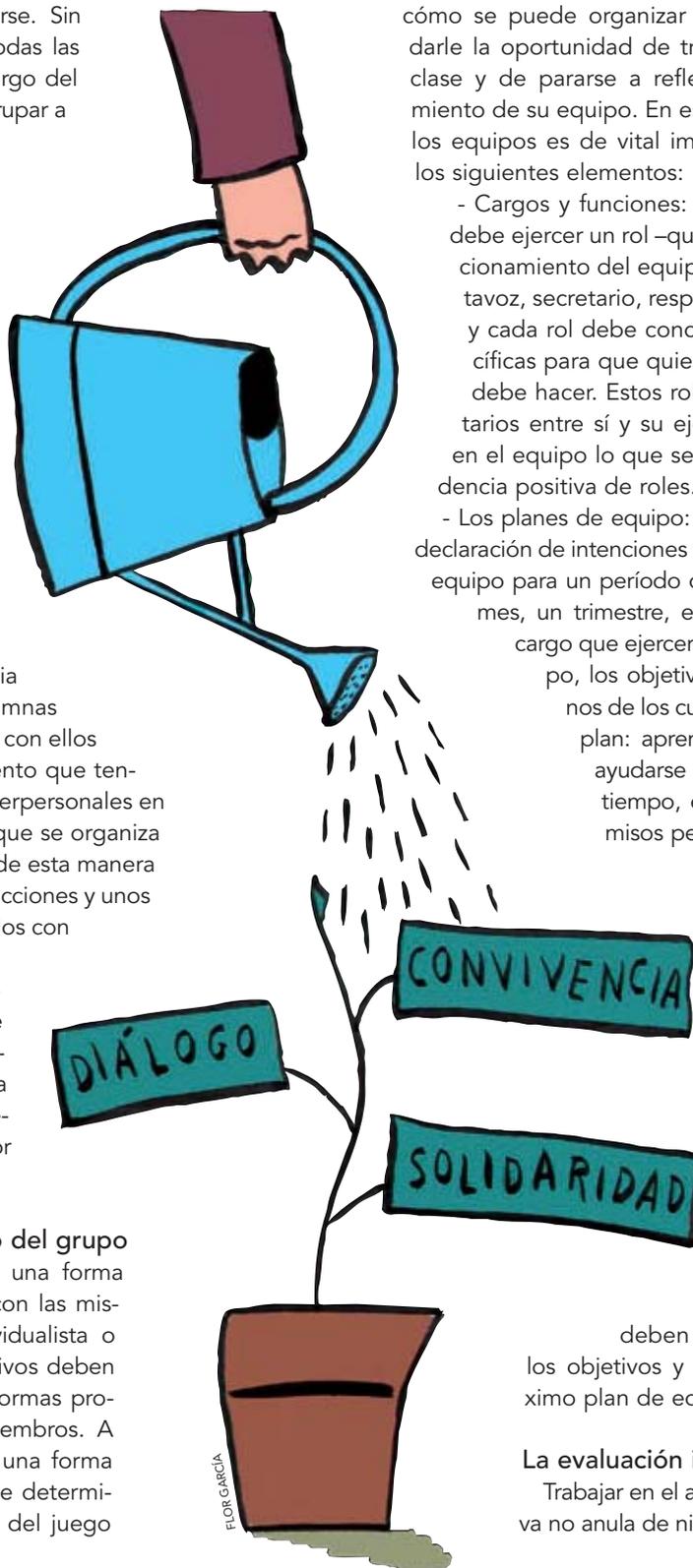
- Los planes de equipo: se trata de una especie de declaración de intenciones y propósitos que se hace un equipo para un período de tiempo determinado (un mes, un trimestre, etc.). En ella se concreta el cargo que ejercerá cada uno dentro del equipo, los objetivos que se proponen (algunos de los cuales son fijos, salen en cada plan: aprender lo que se les enseña, ayudarse a aprenderlo, aprovechar el tiempo, etc.), así como los compromisos personales (a qué se compromete cada uno, durante este período, para el bien del equipo), como una manera de ir educando la responsabilidad individual.

- La revisión periódica del funcionamiento del equipo: al final de cada plan de equipo, éste debe pararse a valorar su funcionamiento, para identificar lo que hacen especialmente bien y los aspectos que

deben mejorar, que determinarán los objetivos y los compromisos del próximo plan de equipo.

La evaluación individual y del equipo

Trabajar en el aula de una forma cooperativa no anula de ninguna manera la evaluación



individual. Nadie puede aprender por otro y, por lo tanto, el aprendizaje es una responsabilidad individual. La evaluación final, pues, es también individual (y personalizada, ajustada a lo que se ha propuesto que aprenda cada uno y a cómo lo ha aprendido). Sin embargo, si los estudiantes, además de alcanzar los objetivos didácticos relacionados con un área de conocimiento determinada, han conseguido –como un objetivo didáctico más– progresar en el aprendizaje del trabajo en equipo, hay que reconocérselo y añadir a su calificación individual un complemento por haberlo conseguido. El progreso en el aprendizaje del trabajo en equipo debe tener, pues, una repercusión positiva en la evaluación final individual de cada estudiante.

Las celebraciones grupales

Las celebraciones periódicas de los equipos y de toda la clase cuando está distribuida en equipos de aprendizaje cooperativo es un elemento muy importante: el hecho de sentir que se ha conseguido un éxito, que se ha logrado lo que se había propuesto, sentirse apreciado y respetado, son las condiciones indispensables para ir reafirmando el compromiso de aprender, el entusiasmo por trabajar en equipos cooperativos, y el progresivo autoconvencimiento de sentirse capaz de aprender con la ayuda de los demás y de sentirse satisfecho de haber sido capaz de ayudar a los demás en sus aprendizajes.

El porqué

Se considera que la organización cooperativa del aprendizaje es fundamental en un contexto de aprendizaje en el cual conviven estudiantes muy diferentes en todos los aspectos. Y se trata, además, de la estructura de aprendizaje que se ha mostrado más eficaz a la hora de enseñar. Numerosos estudios (véase, por ejemplo, un resumen de ellos en Ovejero, 1990; Parrilla, 1992) demuestran que:

- Las experiencias de aprendizaje cooperativo, comparadas con las de naturaleza competitiva e individualista, favorecen el establecimiento de relaciones mucho más positivas, caracterizadas por la simpatía, la atención, la cortesía y el respeto mutuo. Estas actitudes positivas se extienden, además, al profesorado y al conjunto de la institución escolar.

- La organización cooperativa de las actividades de aprendizaje, comparada con organizaciones de tipo competitivo e individualista, es netamente superior por lo que se refiere al nivel de rendimiento y de productividad de los participantes. Además, favorecen el aprendizaje de todos los alumnos: no sólo de los que tienen más problemas para aprender (incluyendo a los que tienen necesidades educativas especiales vinculadas a alguna discapacidad y que son atendidos dentro de las aulas ordinarias junto a sus compañeros no discapacitados), sino también de los más capacitados para el aprendizaje.

- Los métodos de enseñanza cooperativos favorecen la aceptación de las diferencias, y el respeto de ellas, entre los alumnos corrientes y los integrados.

- Los métodos cooperativos aportan nuevas posibilidades al profesorado: permiten la atención personalizada de los alumnos y la entrada de nuevos profesionales dentro del aula (profesorado de educación especial o de apoyo, psicopedagogos, etc.), que trabajan conjuntamente con el profesor tutor o del área correspondiente.

El para qué

El aprendizaje cooperativo contribuye a educar en los estudiantes tres valores fundamentales especialmente urgentes en nuestra sociedad actual: el diálogo, la convivencia y la solidaridad.

Conversar, más que hablar: la educación para el diálogo

No es lo mismo hablar que conversar. Uno puede hablar sin escuchar lo que dice la persona con quien habla. Para conversar, no sólo hay que hablar, sino que hay que escuchar atentamente lo que dice la persona con quien se conversa. *Conversar* proviene del latín *conversari*, que significa ‘convivir, tener comunicación frecuente, tener relación’. La conversación, por lo tanto, está relacionada con la convivencia y supone una relación más profunda que la que uno puede mantener con alguien con quien habla circunstancialmente. Conversar es dialogar.

Según Freire (1977), no podemos ser personas si no es a través del diálogo, puesto que lo que humaniza al hombre es la transformación del mundo, y éste sólo se transforma mediante el diálogo. Por otra parte, la relación educativa es una relación dialógica, que está basada en el diálogo que se establece entre el educador y el educando, y entre los propios educandos, puesto que la interacción con nuestros semejantes también es educativa.

El aprendizaje es cooperativo, en la medida que los alumnos de los distintos equipos de trabajo deben decidir entre todos la mejor forma de resolver un problema o de efectuar una tarea; en la medida que les obliga a compartir y a discutir puntos de vista distintos, a comprender las razones de los demás sobre una determinada toma de decisiones; en la medida que al contribuir a todo esto, contribuye, sin duda, a educar la capacidad de diálogo entre sus miembros.

Este diálogo –o esta capacidad de dialogar– no se desarrollará, sin embargo, si no se dan las condiciones que lo posibilitan, es decir: si no se desarrolla entre los miembros de un mismo equipo una relación de amistad, si uno se cree superior a los demás por el hecho de considerarse más sabio, o perteneciente a un grupo social superior; si no todos los miembros del equipo están convencidos de las posibilidades de los demás, de su capacidad de aportar algo positivo para él y para el equipo; si no se esfuerzan, con espíritu crítico, por identificar los aspectos que deben mejorar o cambiar en el funcionamiento de su equipo; si no son capaces de comprometerse personalmente (establecer compromisos personales) para el bien colectivo del equipo.

Convivir, más que tolerar: la educación para vivir en comunidad

La convivencia supone algo más que la tolerancia. Tolerar no es lo mismo que convivir. He tomado esta distinción de Victoria Camps, catedrática de Ética de la Universitat de Barcelona. Según ella, para vivir juntos, más allá de la tolerancia debemos apostar por la convivencia. Tolerarse no equivale a convivir, más bien significa todo lo contrario: no relacionarse, respetarse sólo porque no hay más remedio. La convivencia es un planteamiento muy distinto: supone estar convencidos de que vivir juntos es posible, de que es posible abrirse a los demás sin miedo, sin renunciar a lo que uno es, pero buscando y aceptando las posibilidades que el otro te ofrece o te plantea (Camps, 1996).



Aprender a convivir –no simplemente a ser tolerantes– es algo absolutamente necesario para poder desarrollarse como persona, que es la finalidad última de la educación: nos educamos para ser personas. Efectivamente, el desarrollo personal requiere la interacción con los demás; necesitamos formar parte de un grupo, de una comunidad. Esta manera de entender la educación se opone radicalmente al individualismo. En una sociedad individualista, los demás son –o como mínimo pueden ser– un obstáculo para los propios intereses. Para una concepción de la

educación centrada en el proceso de personalización, en cambio, los demás son indispensables para el desarrollo y la propia existencia personal. La comunicación –la capacidad de salir de sí mismo y de abrirse a los demás– es una dimensión fundamental de la persona, que la educación debe desarrollar, o contribuir a desarrollar.

Enseñar a vivir en comunidad es, pues, una exigencia más de una educación centrada en el desarrollo como personas de los que se educan.

En la medida que la escuela es una auténtica comunidad educativa, con el significado pleno de esta expresión, contribuye, sin duda, al desarrollo personal de todos los que la forman: los estudiantes, sus padres y familiares, los maestros y maestras, etc.

Además, en el seno de los equipos de aprendizaje cooperativo, los estudiantes tienen una ocasión privilegiada para dejar de estar centrados en sí mismos, para comprender y hacerse cargo de los demás, de sus capacidades y de sus dificultades, de sus aciertos y errores, para ser solidarios y ayudarse unos a otros, para acrecentar lazos positivos y duraderos que les cohesionan y les fidelizan como equipo.

Los equipos de aprendizaje cooperativo son, por lo tanto, un buen recurso para aprender, desde la práctica, a convivir, a vivir en comunidad.

Cooperar, más que colaborar: la educación para la solidaridad

En una escuela basada en la cooperación, todos juntos –los maestros y maestras, los niños y niñas, y sus familiares–, además de repartirse el trabajo, forman una comunidad en la cual se apoyan dándose ánimos mutuamente, se ayudan unos a otros –es decir, cooperan– hasta el punto de que no quedan del todo satisfechos si no consiguen que todos –quien más, quien menos– aprendan hasta el máximo de sus posibilidades.

Una escuela para todos, en la cual todo el mundo se sienta valorado, debe ser, además, una escuela basada en la cooperación, tanto en la cooperación entre los que enseñan en ella –para enseñar mejor y enseñar a cooperar–, como entre los que aprenden en ella –para aprender mejor y aprender a cooperar–. Algo así viene a decir Mel Ainscow (1995) cuando afir-

ma que las escuelas han de ser organizaciones en las cuales todos –tanto alumnos como maestros– participen de la tarea de aprender en un ambiente de cooperación.

Este “ambiente de cooperación” es, precisamente, la característica que hace que un grupo de personas que trabajan juntas formen una comunidad, y que un grupo de maestros y estudiantes, y sus padres y familiares, formen una comunidad educativa.

Cooperar no es lo mismo que colaborar. La cooperación añade a la colaboración un plus de solidaridad, de ayuda mutua, de generosidad que hace que los que en un principio simplemente colaboran para ser más eficaces, acaben tejiendo entre ellos lazos afectivos más profundos. Trabajar codo a codo para conseguir un objetivo común puede contribuir a crear una comunión más intensa.

Incluso etimológicamente se diferencian los verbos *colaborar* y *cooperar*. *Colaborar* proviene del latín *co-laborare, laborare cum*, la raíz del cual es el sustantivo *labor, -ris*, que significa ‘trabajo’. *Colaborar* es, pues, ‘trabajar juntamente con’. En cambio, *cooperar* proviene del latín *co-operare, operare cum*, cuya raíz es el sustantivo *opera, -ae*, que significa ‘trabajo’, pero que también significa ‘ayuda, interés, apoyo’. *Cooperar*, pues, también significa ‘ayudar juntamente con, ayudarse, apoyarse mutuamente, interesarse uno por otro’.

En la escuela, es bueno que los alumnos y alumnas colaboren a la hora de desarrollar las tareas, hagan algo entre todo el grupo, o entre varios alumnos, formando equipos más reducidos. Pero además debemos aspirar a que cooperen, dándose ánimos y coraje mutuamente, y ayudándose unos a otros cuando alguien necesita apoyo para conseguir el objetivo común: aprender todos hasta el máximo de sus posibilidades, y aprender a cooperar. De esta manera, se desarrolla en ellos un valor fundamental y especialmente importante en el mundo actual: el de la solidaridad.

El aprendizaje cooperativo en el aula –cooperar para aprender y, a su vez, aprender a cooperar– contribuye, sin duda, a desarrollar en los que aprenden en el aula de este modo su capacidad para el diálogo, para vivir en comunidad y para comportarse de una forma solidaria. Pero, además, aprender a dialogar, a convivir y a ser solidarios son tres finalidades últimas de la educación, tres urgencias educativas, especialmente necesarias en los tiempos presentes.

para saber más

- ▶ Ainscow, M. (1995): *Necesidades especiales en el aula*. Madrid: Unesco-Narcea.
- ▶ Camps, V. (1996): *El malestar de la vida pública*. Barcelona: Grijalbo.
- ▶ Freire, P. (1977): *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI (18.ª edición).
- ▶ Ovejero, A. (1990): *El aprendizaje cooperativo. Una alternativa eficaz a la enseñanza tradicional*. Barcelona: PPU.
- ▶ Parrilla, A. (1992): *El profesor ante la integración escolar: investigación y formación*. Capital Federal (Argentina): Cincel.